

V Domingo del Tiempo Ordinario (06-02-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, buenos días a todos, bienvenidos a todos los que vienen de lejos. Hoy día tenemos el encuentro también con los hermanos franciscanos, muy unidos en oración, como lo hemos señalado, porque las cosas no deben pasar por alto, sino deben profundizarse. Estamos todos llamados en la paz y en el bien - como dicen ellos “paz y bien” – llamados a entendernos y profundizar lo que vivimos.

Hoy día, hermanos y hermanas, nos ha tocado este Evangelio, que es uno de los evangelios más lindos porque es el inicio del camino del pecador Pedro, que va a ser luego el discípulo del Señor, va a limar muchas asperezas en su vida, va a negar al Señor, inclusive, pero al final va a ser el primer Papa de la Iglesia, no por obra de él, sino por obra de la fe y del amor gratuito de Dios.

Hemos dicho que este año vamos a dedicarlo a meditar el Evangelio de Lucas para aprender todos a ser “discípulos misioneros” como lo quiere la Iglesia universal, en este llamado que el Papa Francisco hace a una Iglesia que se dinamice al servicio de la gente, especialmente se dinamice para servirla y alentarla, para consolarla y proponerle una cierta orientación en libertad para que madure y crezca hacia el amor. Y por eso, hoy día también, todos nosotros vamos a empezar a identificarnos con el camino de Pedro que, como discípulo, va aprendiendo poco a poco a ser discípulo; y nosotros necesitamos eso porque, a veces, como ya tenemos la partida del Bautismo, a veces creemos que tenemos como una especie de tarjeta que dice “yo soy católico”, y nos olvidamos de que estamos en proceso. Pues

bien, nadie, por una tarjeta o una partida de Bautismo es católico, lo es porque va caminando con el Señor y aprende.

En ese sentido, hoy día, en este texto precioso del Evangelio de Lucas (5, 1-11), nos presenta que Jesús ha visto que hay dos barcas que están en la orilla y quiere hablarle a la gente, predicarle. Y como profeta y anunciador de la Palabra de Dios, entonces, se sube a la barca, en este caso de Simón, y desde allí empieza a predicar y hablarle a la gente.

Vamos a colocarnos en la situación de Pedro para aprender juntos a creer. Y la cosa más interesante aquí es que, si a ustedes les pasará eso, por ejemplo, como si el Papa Francisco que viene por aquí y les pide entrar a su casa, uno se siente como halagado, porque siempre una persona de importancia que se nos acerca nos levanta el ánimo. Y seguramente cómo estaría Pedro en esta barca mirando a los vecinos, a todos los pescadores, y diciéndoles: “Miren, miren lo que me ha pasado. ¡Qué maravilla!” Porque su prestigio ha crecido, ese sentido del honor que tenemos todos los humanos que necesitamos ser, de alguna manera, reconocidos.

Esta psicología nos hace, por una parte, ser verdaderas personas, porque la dignidad nos ayuda a crecer, nos hace ser personas, nos hace ser reconocidos, y eso es una cosa buena, es el sentido del honor que todos tenemos. Pero también existe este peligro de que, por el honor, nosotros, luego, no queramos dar pasos en la vida, porque estamos todo el tiempo viendo cómo hacemos para retener juntos o individualmente el honor que hemos recibido. ¡Y ahí vienen los problemas!

De hecho, Jesús, después de haber hablado en público, de haber estado al lado de él – y seguramente Pedro se sentiría muy bien - le dice estas palabras: “Pedro rema mar adentro y echa las redes para pescar”.

Pensemos cómo se encontraría Pedro en ese momento. Si él sabe que toda la noche habían estado pescando y no hay peces. Eso significa que el Señor le está pidiendo un pequeño riesgo, un pequeño riesgo de perder todo lo que ha ganado en prestigio y en honor, y que lo puede perder en un minuto simple y llanamente echando las redes. Al no haber peces, todo su prestigio se vendría abajo.

Estas palabras son sumamente importantes para todos nosotros, porque, si bien humanamente necesitamos de ese honor, también resulta que, a veces, hay que jugarse el honor por algo más necesario y profundo, y para eso el Señor lo invita a dar pasos.

El primer problema de nuestro discipulado, el de todos nosotros, cristianos, es que ya conseguimos ser católicos de “una manera”, y ahora no queremos ser “de otra”, porque nos es difícil dar esos pasos. Entonces, a veces no arriesgamos, nos parapetamos en el pasado y no cambiamos. Somos algo así como ‘seguriolas’, es decir, no arriesgamos para que, si hay algo que tenemos, no lo perdamos. Eso lo dijimos la semana pasada con este camino que hemos tenido en el mundo de las “zonas de confort” que ciertos sectores han recibido y ya no quieren arriesgar, a pesar de que el mundo esté rompiéndose en dos.

Este problema que tiene Pedro, lo tenemos nosotros; y el Señor, sabiéndolo, ha puesto a esta persona para que vayamos aprendiendo a creer. Aquí, entonces, Pedro le dice: “No hemos pescado nada toda la noche, pero en tu Palabra echaré las redes”. Este texto todos lo hemos interpretado como una obediencia de Pedro, porque pensamos que hace la palabra que el Señor le dice. Sin embargo, “en tu palabra” también puede significar otra cosa: “Yo tiro las redes en tu palabra, pero si me equivoco, eres tú el culpable”. Es decir, va a lo seguro, nunca “pierde”.

Pedro, por lo tanto, está muy necesitado de ver cómo mantiene el poco honor que acaba de conseguir, lo cual revela que, cuando nosotros tenemos un honor y no queremos perderlo, también nos expresa nuestro pecado, nuestra miseria. Por eso después Pedro le dirá: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”.

Este Evangelio nos habla de Pedro pecador; el Pedro que, siendo pecador, todavía quería mantener lo que él quería, pero que al final cede y reconoce. Es interesante que en las tres lecturas de hoy se hablan de 3 pecadores: del pecador Isaías, del pecador Pablo y del pecador Pedro.

El Papa, el 29 de junio de 2019, empezó su Homilía en San Pedro, cuando fuimos a recibir el palio, con esas palabras: “Estamos celebrando la fiesta de dos pecadores”. Y en la última audiencia del miércoles 2 de febrero recordó que “la Iglesia es la comunidad de los pecadores salvados”. Ése es nuestro camino también en este tiempo: aprender a reconocer nuestro pecado y aprender que el Señor siempre nos prepara sorpresas grandes si escuchamos su Palabra y obedecemos.

Y a pesar de que Pedro es un poquito ‘seguriolas’, es verdad que echó las redes y se arriesgó, y eso es muy importante. Ese pasito que se tiene que dar, que hoy día se transforma, para nosotros, en un desafío para examinar en todas nuestras conciencias, por que nos invita a preguntarnos: ¿qué cosa es remar mar adentro en nuestras vidas personales, en nuestra comunidad social, en nuestro país, en nuestro pueblo, desde nuestras distintas responsabilidades humanas e históricas.

Esta abundancia de peces ocurre, justamente, porque el Señor nos tiene preparadas sorpresas. ¿Por qué razón? Porque lo que existe en la vida es siempre una vida abierta a que la historia se consuma finalmente en el Reino de Dios.

El final de la historia, para quien es creyente, es un final de la historia feliz, el reencuentro con el Padre que nos creó y nos ama siempre, pero para llegar a Él, es necesario aprender a amar y aprender a dejarnos llenar por lo que el Señor nos dice, y aprender también que, dentro de las circunstancias que vivimos, hacer y dar pasos en los riesgos que es necesario dar.

Por esa razón, en ese texto, el Señor invita también a dejar de lado esa idea de que, nosotros podemos estar, permanentemente, insistiendo una y otra vez en nuestras vidas, en actuar denodadamente todo el tiempo, fatigándonos por nuestros intereses y no acertando una.

En ese sentido, hay aquí como un camino: o nos quedamos en la orilla o vamos más al fondo. Y la orilla significa quedarse en lo superficial, en lo inmediato, en lo que no significa, para nosotros, algo que pueda realmente llevarnos adelante; y a veces, nuestras vidas, por estar pensando en ir a lo seguro, termina siendo una vida que, más bien, en vez de avanzar hacia la aventura exigente de lo nuevo de Dios, terminamos siendo como resistentes, adaptándonos a lo que ya hay, algo que nos vuelve superficiales.

Superficial significa que, en la orilla, estamos quietos, estamos tranquilos, nos fatigamos buscando sólo en la orilla, y si no encontramos nada, no hacemos más. ¿Cuántos de nosotros permanecemos siempre en la orilla y no queremos ir más al fondo? Vivimos en lo “normal” y no queremos complicarnos la vida, y esto tiene que ver directamente con nuestra responsabilidad, sobre todo, en las personas que tienen una responsabilidad grande.

Si Pedro fue el primer Papa de la historia de la Iglesia, es porque asumió una responsabilidad gracias a que aprendió a arriesgar. Y esa tarea de arriesgar, hoy día, es urgente en nuestra vida cristiana, en nuestro pueblo, en las personas

que nos rodean, pero, sobre todo, en quienes tenemos labor de dirigencia y responsabilidad en el país y en la Iglesia. Y tantas personas por no hacerse problemas dejan pasar cosas gravísimas ¡Y no podemos dejarlas pasar!

Bartolomé de las Casas solía decir que no podemos pasar por los acontecimientos como pasan los animales, es decir, mudos. Nosotros tenemos que decir las palabras adecuadas, inclusive si son contra nosotros mismos, inclusive si predicamos contra nosotros mismos, como dice Pablo, porque estamos todos sometidos a la Palabra. Y la responsabilidad, el don, el ministerio que recibimos, es para servir y no para servirnos de los demás. ¡No nos pertenece! Es un ministerio que está al servicio de los demás y no lo podemos poseer como “mío”.

Por esa razón, hoy día, quisiéramos reflexionar, hondamente, que la pesca abundante, fecunda, llena de gracia, llena de verdad, llena de maravillas, esa enorme cantidad de peces que logran encontrar gracias a que arriesgaron y arriesgó Pedro, pueda presentarnos la imagen de que tenemos un futuro grande si es que sabemos arriesgar de verdad, gratuita y generosamente como el Señor arriesga.

Díganme ustedes si Jesús no ha arriesgado a partir de dar su confianza a Pedro, porque el Señor, desde que nos creó, arriesgó, porque nos creó a su imagen y semejanza, y le hemos “costado caro”, porque, siendo pecadores hemos hecho, muchas veces, lo que nos da la gana, y sin embargo, el Señor sigue acompañándonos como un Padre amoroso que no nos deja jamás.

Ustedes mismos, puneños, deben sentirlo, por la presencia de la Virgen de la Candelaria, que supo acoger en su seno la espada que le “atravesó” el alma, y se dejó “atravesar” por Jesús para poderlo donar, y sufrió para consecuencia del

amor. Y hoy día, todos estamos llamados a dar esos pasitos y ayudarnos a ese camino.

Yo quisiera dejarles unas preguntas a todos nosotros, a toda nuestra sociedad, a todo nuestro país, en los difíciles momentos que estamos viviendo hoy día. La sensibilidad que Jesús le da, con esa fe, a Pedro, nos muestra que “remar mar adentro” y “echar las redes” es un riesgo que necesita, de nosotros, un paso: entrar a las profundidades de nuestros problemas humanos, personales y sociales de peruanos. A pesar de que se haya fatigado uno toda la noche haciendo algo inútil, tenemos que “remar mar adentro”, tenemos que entrar en el Perú profundo de lo que sufrimos y vivimos; y solamente así, encontraremos abundancia de posibilidades para nuestro país.

Hoy día, especialmente, necesitamos estar bien dispuestos a renunciar a nuestros propios intereses, a las ambiciones narcisistas, corriendo el riesgo de pescar en altamar porque, si estamos en responsabilidades grandes, muchos de nosotros, sobre todo los jóvenes, quienes pronto estarán teniendo en sus manos el país, necesitamos que todos, desde la dirección humana, social, económica, política, las comunicaciones, el poder judicial y la dirección religiosa y espiritual del país, todos estemos dispuestos a ir a los profundos problemas de las mayorías nacionales, que necesitan ser solucionados y no distraernos en aquellas cosas que son totalmente frívolas y secundarias, que tiene que ver directamente con los intereses particulares de cada uno. El sentido del bien común y de la ética son fundamentales para que seamos hermanos, y nuestra fe nos lo dice, pero nos hemos habituado a hacer caso omiso y como “yo ya soy creyente”, entonces yo no cambio. ¡Tenemos que cambiar todos! Porque la fe va cambiando de acuerdo a cómo desarrollamos nuestra capacidad de amar, ante los desafíos de la historia.

En ese sentido, quisiera dejarles, hermanos y hermanas, unas preguntas:

¿Estamos dispuestos a entrar en el “mar profundo” de los avances logrados por nuestra Patria para un Perú más justo y feliz?

En la Patria existen, hermanos, muchas cosas que hemos conseguido, y algunas personas parece ser que están empeñadas en utilizarlas, y luego, de desarrollar corrupción, las corroen y las destruyen; y entonces ya no queda nada ¿Y qué sustituye a lo que se ha derruido? Una ambición individual en donde, entonces, todos nos peleamos contra todos.

¿Buscamos para nosotros una policía honesta que combata el crimen y proteja a todos, especialmente a los más débiles? ¿O buscamos una policía que proteja intereses de camarillas narcisistas?

¿Estamos convencidos y decididos a entrar en el “mar profundo” de la calidad humana y científica de la educación, para que nuestros hijos, en colegios y universidades, puedan desarrollar su madurez y crecer como personas? ¿O nos conformamos con una educación “a la orilla” que, más bien, deseduca, destruye la conciencia y la madurez de los jóvenes y de los niños?

¿Estamos verdaderamente dispuestos a entrar en el “mar profundo” de nuestras costumbres, especialmente la costumbre del machismo, la costumbre del racismo, del desprecio de las personas que son provincianas o hablan distinto, de la prepotencia autoritaria que genera violencia contra la mujer, contra los menores y contra los más vulnerables?

¿Estamos dispuestos a entrar en la profundidad del mar de los problemas ecológicos, para reorganizar juntos nuestro

sistema de vida y reparar los graves daños del ecosistema amazónico, de las cuencas de los ríos de la sierra, los derrames de la costa y de la selva?

¿Estamos dispuestos a entrar en las profundidades de nuestras deudas con el Estado y pagar nuestros impuestos, sin evadirlos o haciendo relaciones “por lo bajo” para evitar sanciones y pagos debidos?

Si somos discípulos y discípulas de Jesús, hemos de “remar” hacia lo más adentro de nuestros problemas, y más si somos cristianos católicos en distintos lugares de responsabilidad. El católico tiene que distinguirse por ser siempre una persona honesta que ve por los demás y se niega a sí mismo para servir de verdad.

Nuestra fe es incompatible con la frivolidad de quedarnos “a las orillas” de los problemas. Si tenemos un lugar dirigente no podemos usarlo para nuestro propio beneficio, negocio, ideología o intereses de grupo. No podemos eliminar la ética de nuestro ejercicio de gobierno, de responsabilidad, de dirección. No podemos organizar la arbitrariedad y el caos, es preciso unirnos para eliminar la corrupción, fortaleciendo nuestras instituciones y no debilitándolas.

Todo dirigente, y mucho más, todo dirigente católico y cristiano, en el nivel en que se encuentra en la sociedad, está llamado a ser pastor laico, así como somos los pastores religiosos que tenemos la exigencia de servir y no de servirnos de los fieles. Todo dirigente católico que esté en un puesto de dirección del país, tiene que unirse para ser pastor laico que cuide de favorecer una educación ética de nuestro pueblo y de nuestros jóvenes. No nos resistamos a “remar” hacia lo profundo de nuestra dura realidad, y no “echemos las redes” en las orillas bañadas por el petróleo

mortal, que es el que nos lleva a morir envenenados por la mezquindad, las componendas pasajeras y estériles.

Reconozcamos como Pedro nuestro pecado, alegrémonos de que, en lo profundo, el Señor tiene una pesca milagrosa sin fatigarnos demasiado, como se fatigan inútilmente quienes planean e intrigan mirándose a sí mismos y olvidando el rostro de quienes más sufren.

Por eso, hermanos y hermanas, en este día, en donde hemos sufrido también violencia con nuestros hermanos franciscanos que se dedican a los pobres y a la gente sencilla, pero que, no sabemos por qué motivo, se ha empleado la violencia inconmensurable, arbitraria e incapaz de reconocer que las cosas se resuelven por medio del diálogo. Es necesario que trabajemos y aprendamos a ponernos de acuerdo todos para ser siempre una Patria más justa en donde todos estemos unidos de verdad, no con componendas, sino con la unidad en el bien común.

Que Dios los bendiga y nos haga como Pedro, buenos discípulos de nuestro Señor Jesucristo. Amén.